



Los “hoyos fonky” a los que se refiere Arrellin, eran casas en estado ruinoso, fábricas abandonadas y cines o teatros medio derruidos. Fueron los lugares que le dieron vida al rock mexicano en un ambiente con tintes de represión y censura por parte de los gobernantes. Foto: Threesouls.blogspot.com

Clavados en la realidad, Los Rupestres no buscaban imitar, lo que querían era dar en la llaga y pronunciar lo que estaba ocurriendo en ese momento en el país. Así lo retratan sus canciones, que en su estructura, todas llevan la sustancia de la experiencia de los mismos autores.

“La gente que iniciamos este rollo, que es Rockdrigo González, Catana y yo, somos gente que provenimos de distintos espacios. Catana proviene más de los movimientos de izquierda con influencia marxista, yo vengo de los hoyos fonkys, de los sindicatos obreros y Rockdrigo, de Tampico, venía de un rollo más hippie. Cuando nos juntábamos, eso le daba una característica muy especial que llamaba la atención, sobre todo a los muchachos que en ese tiempo estaban estudiando en el CCH (Colegio de Ciencias y Humanidades), que la mayoría de sus maestros habían transitado por el 68, y habían participado en el comité de huelga”.

Sobre una base politizada de izquierda y con marcadas influencias literarias, fue que se dio la unión de talentos que no encontraban cabida en lo que se estaba haciendo musicalmente en el país en aquel tiempo. Nada fue provocado, lo de Los Rupestres fue orgánico, un grupo que no decidió serlo, y que no obstante, en lo individual, supieron defender su autonomía.

EL MANIFIESTO

Los músicos rupestres acechaban espacios en donde poder presentarse, encontraron una oportunidad en el Museo del Chopo. En ese tiempo su directora era la escritora Ángeles Mastretta, quien le encargaba los eventos musicales al promotor cultural Jorge Pandoja, hombre que le dio la misión a Rockdrigo de redactar un *Manifiesto Rupestre*, el cual escribió y que reza:

No es que los rupestres se hayan escapado del antiguo Museo de Ciencias Naturales ni, mucho menos, del de Antropología; o que hayan llegado de los cerros escondidos en un camión lleno de gallinas y frijoles.

Se trata solamente de un membrete que se cuelgan todos aquellos que no están muy guapos, ni tienen voz de tenor, ni componen como las grandes cimas de la sabiduría estética o (lo peor) no tienen un equipo electrónico sofisticado lleno de sintes y efectos muy locos que apantallen al primer despistado que se les ponga enfrente. Han tenido que encuevarse en sus propias alcantarillas de concreto y, en muchas ocasiones, quedarse como el chinito ante la cultura: nomás milando.